

Ilares de hombres y mujeres y niños y muchas bestias?

Así que, Dios para haber de castigar tu injuria, primero espera y amonesta, para ver si quedando tú satisfecho podrá ganar al que te injurió; y si quieres ver que no se olvida de tu venganza y satisfacion, mira cómo desde luego comienza á atormentar á tu enemigo por parte de la conciencia. Mira cómo no puede dormir hasta salir de esta obligacion, mira los terceros que busca, los medios y partidos que ofrece, y cómo no le deja venir á misa, ó le envia della á solo buscarte y satisfacerte. Cuando tú piensas que el otro está con descuido, están Dios y él con mayor cuidado; y cuando cesan estos remedios, tarde ó temprano viene á pagar. Lo cual no hace siempre Dios en sus ofensas, ni se muestra con tanta memoria dellas como de las tuyas. Hablando del rey David la sagrada Escritura, dice que fué gran siervo de Dios, guardador y celador de sus mandamientos, y que no se halla en su vida pecado, sino uno, que fué el adulterio y la muerte de Urías, con estar de por medio tambien el de haber contado el pueblo, que fué tan grande, cual pareció por el castigo que mereció, que fué matar Dios con peste tantos millares de hombres, es porque este pecado era contra Dios, de que luego Dios se olvida; el otro contra el prójimo Urías, que, con estar ya perdonado, y él en estado seguro para la gloria, hablando de sus virtudes no quiso callarle; porque sepas cuán en la memoria tiene Dios tus agravios, aun después de castigados. Cuatrocientos años habia que de los amalequitas habian los del pueblo padecido un agravio, y fué que saliendo de Egipto flacos y destrozados, salieron los amalequitas y los maltrataron, y mataron muchos dellos. Enojóse Dios desta impiedad, y comenzólos á castigar, y mandólos escribir en un libro para memoria del agravio y acaballos por él de todo punto, no porque Dios haya menester libro material para su memoria, sino para que tú entiendas que la tiene de los pecados que contra tí se hicieron. Y al cabo de cuatrocientos años los mandó acabar á Saul, de manera que no quedase dellos perro ni gato, y aun á Saul reprehendió porque á título de sacrificio habia dejado no sé qué ganado; de manera que fueron menester cuatrocientos años para que madurase aquel castigo, y eso es: Yo lo castigaré á su tiempo, esto es, con sazón, al tiempo que Dios tiene señalado para que el castigo madure. Y pues tú no esperas cuatro horas alguna vez, ¿cómo quieres que Dios no te quite la venganza de las manos y la reserve para sí? Asimismo vengó á su tiempo rigurosamente la muerte de Nabot, y el caso de Absalon no es fuera de propósito; de cuya muerte dice san Juan Crisóstomo: Porque entiendas que su muerte no fué industria humana, sino justo juicio de Dios, advierte que el árbol y los cabellos le prendieron, un animal bruto le entregó, y el cabello sirvió de soga y de horca el árbol, y de verdugo sirvió el mulo en que iba. Pero considera lo que allí es maravilloso: al tiempo que esto le sucedió, con ir tan acompañado, ninguno de los suyos se atrevió á llegar á él, con haber tanto espacio; que esto fué providencia divina, porque no le quitasen ni le llevasen aun atado y preso á su padre, por la gran demostracion que el padre habia dado de perdonalle, y lo que mas espanta es, que el mismo que con su padre

le habia compuesto y hecho las amistades, ese mesmo le mató; pero Dios fué el que dió la sentencia, por lo cual el mesmo padre le da gracias, diciendo, después de haber dicho en un verso que su pecado habia de subir á su cabeza, que es la sentencia, añade en otro: Yo alabaré al Señor por su justicia, y con un salterio á su altísimo nombre. De manera que, aun cuando el padre está tan tierno que se teme ó espera que perdona ó perdonara, entonces hace su castigo el Señor con los ministros que él escoge: tan léjos está de olvidársele de la venganza que tomó á su cargo.

El mesmo san Juan Crisóstomo declara á este propósito lo que se sigue en el lugar de san Pablo, cuando dice el Apóstol: En lugar de vengarte, si tu enemigo tuviere hambre, dale tú de comer, y si sed, dale de beber, y aun esto harás con regalo, dándole el bocadico regalado con tu mano, como sueles hacer á quien bien y tiernamente amas, y con esto allegarás carbones encendidos sobre su cabeza. Que es decir que todo el enojo que tú habias de tener contra él no se perderá, porque todo le caerá sobre su cabeza, que todo le tiene Dios allí para castigalle rigurosísimamente; que eso significan muchas veces en la sagrada Escritura los carbones de fuego, como en el salmo que dice que granizo y carbones de fuego, después de grandes truenos y tempestades, ha de enviar sobre los pecadores. Y aunque san Jerónimo no aprueba esta exposicion del bienaventurado san Juan Crisóstomo, pero bien entendida, se conforma bien con la suya, porque san Crisóstomo parece pretender que caiga en deseo del cristiano esta venganza, que es lo que reprobaba san Jerónimo.

Este cuidado y rigor nos dió á entender el mesmo Dios en aquellas dos visiones de Jeremías, cuando le preguntó: ¿Qué ves, Jeremías?—Señor, una vara velando. Luego le tornó á preguntar: ¿Qué ves?—Señor, una olla hirviendo y echando fuego y humo. Esta olla significa el corazon del mal cristiano, que persigue á su hermano y echa fuego por los ojos, boca y manos, abrasadas las entrañas de rencor; y dice Dios que antes de eso viene él velando y con atencion de lo que hace, y que todo lo mira y tiene delante de los ojos, y la vara para castigar todas las injurias que se hicieron, y que para su defensa les hará la ciudad de Jerusalem, y sus muros de metal. Mil ejemplos otros hay en la sagrada Escritura: cuando David, perseguido de Saul, le dijo: Juzgue Dios entre mí y tí. Y así lo hizo Dios, que ordenó que él mesmo viniese á ser verdugo de sí mesmo y se matase. A la hermana de Moisen, porque murmuró contra él, la cubrió de lepra, y la Magdalena fué defendida de la hermana y del fariseo y de Júdas; y el mesmo Jesucristo, habiéndole deshonrado los fariseos, dijo que no curaba él de su honra, que otro tenia cargo de pedir esa cuenta á quien se la quitaba. Y bien mirado, Dios parte con nosotros y nos da la mejor parte y mas suave, y la que él en sus ofensas hace de mejor gana, que es el perdonar, y se queda con lo áspero y trabajoso y contra su condicion, que es el castigar y vengarse. Dános el perdonar, que es cosa hidalga, dulce, pácifica y provechosa, y quédase con el vengar, que es trabajo y desabrido, y que él muestra siempre hacer de mala gana.

Gracias sean dadas, Señor, á vuestra divina Majestad que en todo nos tratais como á hijos queridos, pues lo mas suave, mas útil y sin trabajo nos procurais á los unos y á los otros. Pues ¿por qué nosotros no nos tratarémos como hermanos, y hijos de tan buen padre? Por qué no os agradarémos? Por qué no os parecerémos? Esto se haria fácilmente si entre nosotros hobiese la paz y amor que vos nos pedis y enseñais, porque entonces ni habria injurias que perdonar ni castigar, y cuando las hobiese, ni el corazon del ofensor seria culpado, sino de ignorancia, y si lo fuese, seria presto arrepentido, y mas presto perdonado y confirmado el perdon por el que es mas y primeramente ofendido, y á ello ayudarian las oraciones del agraviado y las excusas del mesmo, que son las que mas alcanzan delante de vos, como argumento de fino perdon y amor. Lo cual habia de mover nuestros corazones á desear y buscar que perdonar. Porque ¿qué hombre habria de tan duro corazon que si del hijo de su rey fuese ligeramente ofendido, á quien él debiese muy buenas obras y mercedes, y su padre pusiese al hijo por esta ofensa á riesgo de riguroso castigo, y en el rigor de su enojo pusiese todo el peligro del hijo en el perdon del ofendido, que no se echase á los piés del Rey á rogarle por su hijo? Pues eso mesmo hace el Rey de cielo y tierra, que nos crió y redimió y nos hace cada día que amanece millones de mercedes, que un hijo suyo que nos ofendió está amenazado y á peligro de gran castigo, y tiene Dios puesta ó toda ó grandísima parte dél, en que este ofendido le perdone; ¿qué corazon hay tan protervo, que no se eche á los piés de Dios delante de una imagen suya y le ruegue por su Hijo? O ¿quién duda que, siendo Dios el rogado, que tanto gusta de serlo, y el ofensor hijo suyo, que él crió y redimió con su sangre y engendró en su Iglesia con tan graves dolores, y el que ruega tambien su Hijo, y convidado á rogar, que no será aceptísima al Señor tal oracion y de gran merecimiento? Pues desde esta hora perdono, Señor, á los que mal me quieren y á los que en cualquier manera, sabiéndolo yo ó no lo sabiendo, me han ofendido; y te ruego, Señor, hayas misericordia dellos y de mí, perdonando nuestros yerros y pecados, pues nosotros nos perdonamos, y esta quiso tu bondad que fuese la razon de tu perdon.

DISCURSO VII.

De otra razon para perdonar injurias, que es el daño que nos viene de no perdonallas.

Son los hombres tan amigos de sí mismos y tan enemigos de su daño, que cuando por las razones dichas no queden convencidos á perdonar sus injurias, lo quedaran por huir por ese camino sus propios daños; los cuales nacen muchos y muy graves de no querer perdonar, sino perseverar porfiadamente en el deseo de la venganza de quien se las hizo; de los cuales, aunque no hubiera otro sino el que consigo trae el pecado mortal, cual es por la mayor parte esta dureza, habia de bastar para vencer cualquier enojo y dificultad, pues no puede haber ni imaginarse otro estado mas dañoso y miserable que el del que está en pecado mortal, aunque sea el infierno, si se diese sin él, traído á comparacion; de donde, habiendo de ser una de dos, mas querrian los

bienaventurados el infierno para siempre sin pecado, que no con él todos los bienes y contentos del mundo; porque aquel solo se llama á boca llena mal, y sin él ninguno merece propiamente ese nombre, sino es mirado de algun lado; y así, viene con él toda la desdicha y miseria que puede imaginarse. Es un viento solano que agosta todo el campo, corta los pimpollos, marchita y quema las flores; una avenida que todo lo lleva á barrisco, sin dejar nada de provecho. ¿Qué se podrá hacer de un sarmiento? (Dice Dios por un profeta, por el cual es entendido el pecador: Todo sarmiento que no llevare fruto será cortado y echado en el fuego). ¿Si se podrá hacer una lanza, un virote ó una estaca? Ninguna cosa, sino un tizon; porque ni le queda jugo de devocion, ni ojos para ver el cielo, ni orejas para oír la doctrina, ni bueno para súbdito ni para perlado, ni para curar un enfermo ni para aconsejar un necesitado; vaso de afrenta para echar las inmundicias, privada de Satanás. El que peca, dice, en vano, perderá muchos bienes. ¿Qué hay que preguntarme? dice Samuel. Hombre que Dios se ha apartado dél, ni en muertos halla acogida ni en vivos. Cain ¿qué turbado, encartado, para que le mate quien le hallare? Y ¿qué mas ejemplo que el de Adán en pecando, qué grosero quedó, desnudo, vergonzoso, cruel con su mujer y grosero, echándole la culpa, consigo confuso, con Dios necio, huyendo dél, que en todas partes está temeroso? Finalmente, es el pecado una cifra de todos los males y miserias, es pobreza, es vergüenza, miedos, calamidades, destruccion, hambre, desnudez, muerte; lo cual, por resumirme, se encierra todo en una palabra que Bersabé dijo á David, temiéndose al tiempo de su muerte que quedase por sucesor del reino otro que su hijo Salomon; entre otras razones que le dijo, la una es: Y vendrá á ser señor, que cuando el Rey mi señor durmiere con sus padres en paz, mi hijo Salomon y yo quedaremos pecadores. No quiere decir que será pecado no reinar, sino tanto como decir quedarémos á puertas, perdidos, miserables, pobres, deshonrados, confusos, avergonzados, hollados de todos y llenos de todos los males. Avisadamente lo dijo y con brevedad, como los reyes quieren ser hablados, por los muchos negocios que siempre tienen.

De manera que bastará ser pecado este de la venganza para que huiga todo el mundo dél, y salir con presteza del enojo con su hermano; porque, aunque esto es cosa que conviene á todo pecado mortal, pero san Juan Damasceno dice que este es nefario, porque los otros pecados duran poco en el alma, porque al cabo de una hora están fuera della; si es un estupro, dentro de una hora es ya pasado; un hurto, dentro de una hora está acabado, y fácilmente se hace dentro della penitencia; un homicidio malo es, pero dentro de otra hora se acabó y se arrepintió el homicida; pero el vengativo todas las horas peca, porque trae el pecado en el pecho, aunque entre en el templo y esté rezando, pues su oracion no puede ser pura mientras el corazon está dañado contra su hermano; así que, nunca vive sin pecado ni hace limosna, aunque la haga, porque el alma sin caridad ni se mueve á misericordia ni la hace. Hasta aquí son palabras de san Juan Damasceno, á las

que les añadamos otra: que mientras mas dura este pecado, peor es y mas dañoso, porque el corazon se va cada dia con la costumbre mas endureciendo; y así, dice san Agustín: Trabajad mas en componer vuestras porfias que en conservarlas; porque, así como el vinagre corrompe el vaso si mucho está en él, así la ira corrompe el corazon si dura hasta otro dia. Pues si esto dice este doctor, ¿qué será de la que dura un mes, y qué de la que un año entero? Pues esta es la diferencia deste pecado á los demás, que este vive de asiento en el corazon, y los otros pueden y suelen ir de paso. De aquí se entienden los daños tan grandes que hace en él; de los cuales san Juan Crisóstomo dice estas palabras: No querer perdonar al que te injurió, no merece solo nombre de venganza, sino que deshonoras á Dios. ¿No miras, necio, que la hora que te dispones á vengarte del otro no haces mas que meterte en infinidad de males y hacerte cruel y sangriento contra tí mismo? ¿Qué piensas? No buscas otra cosa sino una soga con que te ahorques, una espada con que degollarte, una sepultura para enterrarte vivo; por tanto, no pongas los ojos en el que te injurió ni en la gravedad de las injurias, sino en Dios, que te manda perdonalle; y sabe que cuanto mas dificultad en esto hallares, tanto mas largamente te premiará. Hasta aquí san Juan Crisóstomo. Y en otra parte dice: Considera uno que quiere vengarse cuál anda furioso, despedazado de ira, levanta mil ondas de pensamientos, comienza mil caminos, acometido del miedo, con mil pavores, cómo lo hará, cómo le sucederá, destruyéndose á sí primero que al que ha de injuriar; pero el que perdona cuán al revés, y con razon, todo lo que quiere hace, porque está en su mano el perdonar; pero el vengativo no, que es menester aguardar sazón y lugar, engaño, maleficio, armas, ardidés, ofensiones, lisonjas, seguridad, disimulaciones, etc.

Declaremos un poco mas este negocio. Cuatro maneras hay de bienes en esta vida que procuramos haber y conservar; y por el consiguiente, hay cuatro maneras de daños que padecer, á los cuales todos los demás se reducen, hacienda, honra, vida y alma; á todos estos hace el que trata de vengarse increíble perjuicio: á la hacienda, en los gastos que se hacen hasta alcanzar esta miserable empresa, que acaece irse en esto toda una hacienda; de la cual para otra cosa, aunque sea de su regalo ó necesidad, no hay hacerle gastar un real, pero ciego de aquella pasión y enojo, no sabe reparar en lo mucho que se gasta; la honra padece con la opinion que ganas de impaciente, intolerable, furioso y mal acondicionado. La fama, porque quedas por inventor de turbaciones y enojos, perturbador de la paz, inquietud de tu pueblo y parentela; los amigos se retiran por no obligarse á hacer mal si te acompañan y ayudan á la venganza; á la vida haces perjuicio, porque ni comes con sabor ni duermes de noche ni tienes un dia bueno; de quien principalmente dice el salmo: Molidos andan en sus desdichados caminos, y no saben qué cosa es un dia de sosiego, porque no tienen delante de sus ojos el temor de Dios; fuera de los temores y peligros, cargado siempre de hierro y de cuidados, insufrible á tu casa, criados, amigos, vecinos y parientes, y sobre todo, enemigo de Dios, que es el último y el mayor mal del al-

ma, que por decille y declaralle mejor hemos pasado ligeramente por los demás, pues todos ellos, en comparación deste, no son males ni daños, como se comenzó á decir en la sentencia de san Juan Damasceno, y agora se dirá mas de propósito.

§. II.

De los daños que hace en el alma el pecado del vengativo.

Los daños que este pecado causa en el alma, aunque parecen algunos dellos comunes á los demás pecados mortales si en ella duran mucho tiempo, pero ya queda dicho, de parecer de san Juan Damasceno, que, demás de que causa otros particulares, esos comunes se le pueden ahijar por propios, por traer de su cosecha el durar mucho, pues no se le aliña al vengativo tan brevemente su venganza como él querría; y aun después de ejecutada á su sabor, le queda el aguardar y temer la de su contrario, y la determinación del replicarla, conforme á la miserable plática que ha comenzado á seguir de los mundanos. Así que, los daños que aquí pondremos nacen de la perseverancia en el pecado, la cual este tiene en sí casi tan natural. Lo primero, cuán dañoso estado sea el de la perseverancia en un pecado destes está muy claro; porque, lo primero, todo el bien le falta al que está en él, y no hay mal que le falte, ninguna cosa le aprovecha para lo que es ganar el cielo y aumento de bienaventuranza; cuanto bien hiciere todo se le pierde para este fin, aunque para otros aprovecha algo, no con tanta fuerza; así que, aunque esté todo el dia en oración, aunque dé en limosna toda su hacienda, aunque diga mil misas cada dia, aunque á puros azotes despedace sus carnes, ninguna cosa le sirve; lo cual mas encarecidamente dice san Pablo: Aunque yo predicase como un ángel ó como el mas elocuente hombre del mundo, si me falta la caridad es como si no hiciere nada, sino como un sonido de una campana, que, aunque aprovecha para llamar la gente, no tiene mérito delante de Dios; mas, aunque fuese profeta y tuviese noticia de todos los misterios de la fe, no soy nada sin caridad. Y más, aunque tenga tanta fe, que pase los montes cuando yo quiera de un lugar á otro, y aunque sea marico que Creso y reparta todos mis tesoros en remedio de pobres, si no tengo caridad no vale todo nada; antes si entregare mi cuerpo al fuego ó á la espada ó á los tormentos de los tiranos, si no tengo caridad no me aprovecha nada, entiende para la vida eterna; porque la caridad y gracia de Dios, que, ó son una misma cosa ó no anda una sin otra, es como un sello, sin el cual las obras, por buenas que sean, no tendrán valor el dia que se registraren ante la majestad de la justicia de Dios; como la firma y sello del Rey se le da á su provision cuando libra por ella alguna cosa al vasallo ó al privado. Otra comparación de san Anselmo, el cual al hombre sin gracia de Dios compara á la tierra sin semilla; la cual no lleva sino espinas y abrojos, cardos y chaparros, que no son estimados en nada; pero la tierra labrada y sembrada lleva frutos de mucho valor. Pues veamos tú, vengativo, ¿parécete á tí poco que estés como esta tierra sin semilla todo el tiempo que te dura este propósito, y que cuanto hicieres y trabajares sea para arrojar en la calle, sin fruto ni provecho, que co-

mo tal se juzga todo aquello que no merece la vida eterna, para que fuiste criado; ocupándote mayormente, no en esas obras inútiles, sino en mil pecados cada hora, como san Juan Damasceno dice, consultando dentro y fuera de tí cómo te vengarás del enemigo mas á su daño, y encaminando á este fin todos tus pasos, olvidado del bien, para que naciste, y del infierno, que para siempre andas negociando?

Lo segundo, mira que cuando el demonio te ocupa en esos pasos, no solo pretende hacerte dar de ojos en ese pecado tan grave, sino entre tanto que vives en olvido de tí mismo, hacerte mil daños en el alma, de suerte que cuando vuelvas en tí te halles destruido de los bienes y fuerzas que Dios puso en ella para defenderte dél. Grande yerro haría el rey de España si quisiese ir á hacer guerra á las tierras del turco, que no le provocara á ella, y dejase á sus reinos sin presidio, porque podrían venir otros enemigos á tomarle lo principal que él posee; como le sucedió al rey David, que, saliendo de Sicelech á pelear, cuando volvió después á ella con su gente halló que los amalequitas habían hecho una entrada y pegado fuego á la ciudad, y llevádose todas las mujeres y los hijos y hijas; lo cual visto por David y su gente, lloraron amargamente su pérdida, hasta que, como dice el texto, no les quedó lágrima que derramar, y quisieron apedrear á David, que había sido la causa de tan general pérdida de todos, por haberse ido á la guerra sin dejar mas presidio en la ciudad; así acaece al que por ir á pelear y reñir pendencias con su enemigo que le injurió, y ocupar en esto la atención de sus pensamientos, viene entre tanto el demonio y pone fuego á todas las buenas obras, que son el edificio de la gloria; captiva el entendimiento con malas y falsas opiniones y errores, escurece la memoria de lo que debemos obedecer y agradecer á Dios, enflaquece la voluntad, causando en ella un enfado de las cosas del cielo; turba y hace trampantojos á los sentidos; al fin, todo lo destruye, y deja al hombre tal, que cuando viene á ver acabada su miserable venganza, halla materia para llorar eternamente y sin remedio, sino es pidiéndole á Dios, á quien tanto tiempo há que trae ofendido y enojado, con muchas lágrimas, y tan desesperado, que parece que todo el mundo le quiere apedrear y él no se puede sufrir á sí mismo.

Pues es el peligro á que con tu atrevimiento loco te pones en acostarte con un pecado mortal pegado al alma; no hay lengua humana que lo pueda encarecer, pues mas tardarás en morir, aunque sea muerte arrebatada, que en bajar á los infiernos á padecer una muerte sin muerte ni fin. El atrevimiento loco dije, porque no tiene que ver con el que un hombre tuviese si solo él se atreviese á salir contra todo el campo del turco; pues aquí no se aventura mas que una muerte corporal, y tú aventuras la del alma para siempre. Cuán loco sería el que, habiendo afrentado públicamente con una bofetada á un presidente ó á otro semejante personaje, habiendo mil gentes y oficiales de la justicia salido á buscarle por todo el reino y fuera dél, con certidumbre que en cogiéndole había de ser atormentado y despedazado, si aquella misma noche se fuese él mismo á acostar sin temor ninguno á la puerta de la cárcel con

su cama, ¿qué diría el mundo deste tal? Qué mayor locura puede imaginarse? Pues mucho mas loco y desatinado es el que, sentenciado á los infiernos por haber afrentado cuanto es de su parte á Dios, mayormente estando en el mismo propósito, y de afrentar con él á su hijo y siervo y amigo, y se vaya á dormir á las puertas de la muerte, donde hemos visto muchos no despertar vivos, sino como aquel Sisara de quien cuenta la sagrada Escritura que, por andar de guerra contra los siervos de Dios, pensando dormir y descansar de aquel trabajo grande en que andaba, después de haber bebido la leche que aquella mujer le dió, comenzó á dormir descuidado, y despertó en el infierno con un clavo que ella le atravesó por las sienes; así es el que anda ejecutando venganzas contra los hijos de Dios, que el mismo mundo que le lisonjea y le hace la cama donde descansa, le da aquella dulce y descansada bebida de la lisonja por su misma mano; suele muchas veces, acostado con pensamiento de descansar su corazon, recordar en el infierno para siempre jamás, de la manera que aquel loco delincuente que decíamos, es fácil de entender que, durmiendo á la puerta de la cárcel, amanecería dentro á la mañana.

Pues si esto es así, no queda otro mejor consejo que el de san Pablo: Hermanos, los que sois agraviados y provocados á ira y enojados, mirad que no venga á ponerse el sol sobre vuestro enojo; porque de locos es ó muy desalmados, ya que han caído en algun pecado mortal entre dia, duralle tanto, que se acuesten sin salir dél á la noche, ni sé yo cómo sea posible, teniendo un hombre juicio, poder pegar los ojos con este cuidado y peligro; que si el otro príncipe compró las almohadas de la cama de la almoneda de un mercader vasallo suyo, que había vivido con muchas deudas, diciendo que era imposible haber podido dormir su dueño teniéndolas, sin que aquellas almohadas tuviesen alguna virtud de pegar sueño, ¿qué será de las deudas que debemos á Dios, que son tanto mas graves, y que puede Dios ejecutar por ellas al plazo que quisiere, sin que nadie pueda estorbárselo? ¿Cuánto mas razon tendrá este que se acuesta en pecado de no pegar los ojos, y cuánto mas valieran sus almohadas si de pegárselos tuvieran virtud? Espantado desto el profeta Ezequiel, decía, prosiguiendo este pensamiento: Pusieron sus espadas y cuchillos debajo de sus cabezas; estos son los que andan muy seguros y duermen en pecado mortal, los cuales viven á peligro, como quien tiene por almohada muchos cuchillos ó espadas en la cama, que no está un canto de real de la muerte.

Otros muchos daños recibe el alma con este vicio, y no es el menor que, habiendo el hombre tanto menester la misericordia de Dios para el perdon de sus pecados, por el mismo caso se hace inhábil el vengativo para alcanzalle de Dios, sentenciada la inhabilidad por su misma boca; porque cuando se llega á rezar la oración del Padre nuestro, donde la ha de pedir, lo pide así á Dios, que no haya misericordia dél ni le perdone sus pecados, pues que dice: Señor, perdóname mis pecados de la manera que yo perdono á quien me ofendió, que es una cosa de las que mas admirados tiene á los santos, que haya hombres de tan poco juicio, que no

miron lo que rezan. ¿Qué dices, hombre? ¿Sabes lo que dices? Si sé, pido á Dios perdon de mis pecados; pues ¿no miras que pidiendo ese perdon le pides que te lo niegue, pues le dices el modo y el tanto como te ha de perdonar, y ese modo te condena por tu misma boca, pues dices que te perdona como tú perdonas, y no perdonas tú? Lo mismo es de los que perdonan á medio perdonar, solo diciendo que no le harán mal, que toda la fealdad y las imperfecciones que tienes con tu hermano, esas pides que tenga Dios contigo; pues dejar de rezar ya ves qué de inconvenientes trae; pues rezar y pedir á Dios lo demás, y no el perdon de tus pecados, ¿de qué te servirá sin esto todo cuanto le pidieres? Dirásme que el remedio será que otro ruegue por tí; pues ¿qué sabes si será oído? A lo menos san Juan Evangelista no lo asegura cuando en su *Canónica* dice: Un pecado hay que endereza y encamina derecho á la muerte; por este no digo yo que ruegue nadie. ¿Qué decis, san Juan? ¿No es caridad rogar unos por otros? No nos dejó el Señor la oracion del Padre nuestro, en que rogásemos cada uno por todos? No rogamos el Viérnes Santo por infieles, turcos, herejes y descomulgados? ¿Qué mas pecado puede ser este? No quiere decir san Juan que no roguemos por ellos, sino que no dará él firmado de su nombre que esa tal oracion será oída; que no le pidan á él cuando hobiere predicado que roguemos unos por otros, si caso no se oyó la oracion por el que no perdona á su hermano. Y si dijeres que quizá no habla san Juan de ese pecado cuando dice que hay un pecado que encamina á la muerte, yo he visto quien lo entiende de ese, y aun de todos los que son en agravio del prójimo; pero á lo menos no me negarás que el Sabio lo dice claro con el mismo espíritu que san Juan. El hombre guarda el enojo contra el hombre, y se viene al templo á pedir remedio para su alma, siendo él hombre, no le quiere él dar á su hermano; que quiere decir, siendo flaco, que cada día ofende á Dios, y de naturaleza flaca, que nadie le asegurará que no caiga él en la falta por que se enoja con su hermano; y con todo eso, no quiere ablandarse á perdonar, y viene á los pies de Dios á que se ablande con él; y como presuponiendo que Dios no le oye á él, dice luego: Busquemos quien ruegue por él; pero ¿quién habrá que ruegue y alcance perdon de sus pecados? Y luego concluye diciendo: Acuérdate del remate de la vida, y deja de andar con enemistades, y no amenazas á tu prójimo con la muerte, porque los mandamientos de Dios te amenazan con corrupcion y muerte; acuérdate del temor de Dios, y no te enojarás con tu hermano; y acordándote de su ley, no harás caso de la ignorancia del prójimo, que así llama á la ofensa ó injuria que el otro le hizo, porque por la mayor parte procede della, y harta ignorancia es ofender á nadie, aunque sea de malicia; y luego va prosiguiendo y amonestando que no demos ocasion á enemistades, que enojan mucho á Dios.

Tambien es certísimo que Dios tiene amenazados á los que tratan de vengarse, como parece en muchos lugares de la sagrada Escritura. Por Ezequiel amenaza á los idumeos y á los amonitas, moabitas y palestinos, por haberse querido vengar; y aunque á todas es-

tas gentes lo dice, pero mas claro á los idumeos, diciendo que ha de trocar las manos, que porque se vengaron de los de su pueblo dice que él no dejará dellos hombre á vida por mano de los israelitas. De manera que al cabo de mucho trabajo y de muchos daños viene Dios á burlar tus intentos, porque lo que en la venganza pretendes es hacer bien á tí y mal al prójimo; y eso ordena Dios que salga al revés de lo que tú piensas, y que el enemigo quede contento, y tú las manos en la cabeza; y muchas veces sea su contento á costa de tus bienes, mayormente cuando él está conocido y arrepentido y pide perdon; de lo cual dice el Sabio: Cuando cayere tu enemigo no te alegres de su caída, porque viéndolo Dios no se ofenda de eso, y le quite al otro la pena y trabajo y te la pase á tí: así lo entiende san Agustin. Y pues de solo holgarte del trabajo de tu enemigo, que Dios le envia, te sucederá este trueque, ¿cuánto mas en el que contra la voluntad de Dios y en ofensa suya tú le procuras? Esto es lo que David tambien decia: Serán cazados con los mismos consejos que trazaron. Y lo que en el libro de *Job*, que sabe Dios traer á los malos consejeros á loco y desatinado fin, que es, despues que uno tiene quebrada la cabeza trazando sus negocios, hace Dios que, por mas avisado y bien encaminado que vaya al parecer el consejo, se halle hecho necio, y todos le juzguen por tal, cargando sobre su cabeza lo que él queria cargar sobre la de su enemigo.

Pues si tantos daños vienen desta determinacion á tí, que la tienes, y á veces ninguno al que piensas ofender, ¿qué locura es querer sacarte á tí dos ojos, por sacar uno á tu enemigo, que por ofendelle en lo temporal pierdes eso y lo espiritual? Ofendes á tu hermano, á tu Dios, á tu hacienda, á tu hora y á tu vida y alma; de manera que ninguna vez pones mano en la venganza, que no sea contra tí mismo y para hacerte mal. Pues aunque no hagas otra cuenta, no debes tratar mas de venganza, como lo hizo Laban cuando salió airado trás su yerno Jacob, con pensamientos de vengarse, que cuando llegó á alcanzalle, al tiempo que le habia de hacer mal, demás de haberle Dios mandado que no lo hiciese; mirado bien todas las cosas en que le podia dañar, halló que eran suyas, Jacob era yerno, Raquel era hija, los hijos, sus nietos, la hacienda era suya, y esto le dió por razon para no hacelle mal, diciendo: Tus hijos son míos, y mio tu ganado y cuanto veo; ¿qué mal podré yo hacer á mis nietos y á lo que es mio? Ven acá, seamos amigos y concertémonos, y sea esta piedra la escritura y Dios el juez, y castigue al que de nosotros quebrare esta amistad. Esta mesma cuenta hicieron los sabinos que peleaban contra los romanos, que les habian llevado sus hijas y casádose con ellas contra su voluntad, que se asomaron las hijas á la muralla, diciendo: ¿Qué haceis, hombres, que peleais contra vuestra carne? Todos cuantos aquí pretendéis matar y acabar son vuestros nietos ó hijos ó yernos; y así, dejaron la batalla y se hizo perpetua amistad. Así lo cuenta Tito Livio, y Lucano lo alega, diciendo de la muerte de la hija de César, mujer de Pompeyo, que si ella viviera, ella los concertara, como las mujeres sabinas á suegros y á yernos. Lo mesmo has tú de hacer, que todo el mal cae

sobre tu cabeza y el daño en tu mesma casa. Cuando un hermano mata á otro, aunque mas dolor sienta el padre ó la madre, no siguen la causa ellos ni los hermanos contra el matador, antes le esconden, y si se hacen parte, es para partir mano de la queja, porque todo el daño que sucediere les cae en casa, como hizo la Tecuytes en lo que pidió á David, para que él entendiese lo que iba en perdonar á Absalon la muerte de su hermano. Así somos hijos de Cristo, hermanos, y encomendados unos al cuidado de otros; y cuando otra cosa no fuera, todos somos miembros de Cristo, y cuando un pié pisa al otro no le cortamos, cuando los dientes muerden á la lengua no los sacamos ni quebrantamos; así acá, si el otro miembro de Cristo te hizo mal, ¿para qué le quieres arrancar? si su hacienda quieres que se gaste ó la honra, tambien se gasta la tuya, y tu vida, salud y quietud, y lo que peor es, el alma padece, y pierdes á Dios, á quien tan de espacio estas ofendiendo; y al revés, en tu cuerpo no tienen unos miembros envidia de otros; cuando la boca habla, el ojo se rie; cuando alaban la cara, se alegra el ojo, y de la disposicion buena de estómago se para alegre el rostro; lo demás seria locura en el cuerpo natural; ¿por qué no lo será mayor en el cuerpo místico de Cristo, cuyos miembros somos los cristianos? Pues amémonos todos, conformémonos, ayudémonos y perdonémonos, que así será todo bien multiplicado, el hombre quieto y Dios alabado y servido.

DISCURSO VIII.

De otra razon de perdonar injurias, que es los muchos y grandes provechos que del perdonar nos vienen.

No faltará á quien le pase por el pensamiento que, pues tanto nos fatigan los enemigos, y del no perdonarlos vienen tantos y tan grandes daños, si fuera mejor que no los viviéramos, sino que viviéramos todos en paz, entresacando Dios, pues tiene el poder, á los que con su mala vida perturban la de los pacíficos, y los llevara á otras tierras; mayormente despues que un unigénito Hijo trajo la paz al mundo tan á costa suya; y el profeta Esafas habia profetizado que todos habian de vivir en paz, debajo de la metáfora de las lanzas y espadas, que dijo que se habia en tiempo de Cristo de fundir y hacer dellas rejas de arados y hoces de segar, significando por ella la paz general, y con ella, la fertilidad de la tierra, y que los animales bravos se habian de volver mansos, de suerte que todos comiesen en un mesmo pesebre, y que el leon ya no habia de comer carne de animales, sino paja y heno como el buey; y todo lo declara luego con decir que no habia de haber en este tiempo guerras, ni para qué ejercitarse en ellas, ni quien echase mano á la espada contra otro, porque todo el mundo viviria en paz y amistad. ¿Qué contento fuera ver los hombres pacíficos, sin pleitos, sin audiencias, sin armas, sin pólvora, sin murallas, sin tanta turbacion como en el mundo se usa entre reinos y reinos, ciudades y ciudades, personas y personas! Como dijo el poeta tratando de la edad de hierro en que él vivia y agora vivimos.

*Vivitur ex rapto non hospes ab hospite tutus
Non socer à genero fratrum queque, gratia rara est.*

Vivese do quiera de robos, no hay huésped seguro de

su huésped ni suegro de su yerno, y aun entre hermanos se halla pocas veces amistad.

Pero ni aquella profecía de Esafas se entiende de paz tan general como esta, ni aun Jesucristo dice que fué su venida (en cierto sentido) á componer las personas de las provincias, pueblos ó casas, pues dice que vino á poner fuego á la tierra y apartar los padres de los hijos, y los hermanos de los hermanos, y las nueras de las suegras, etc. Pero lo que aquí se puede decir es, que á los malos y á los perseguidores los dejó entre los buenos, no solo por su providencia, sino por su gran misericordia; así como dejó pobres y ricos juntos por el provecho espiritual de los unos y de los otros, como dice san Basilio: ¿por qué te sobra á tí, y el otro mendiga? ¿Piensas que es eso acaso ó que son méritos del rico y pecados del pobre? engañaste, que no es sino porque el uno y el otro alcance el cielo, el rico con la buena dispensacion de su hacienda, y el pobre con la humildad y paciencia.

San Agustin dice: Nadie piense que los malos están de balde y por demás en este mundo, y que Dios no saca algun bien de su malicia; que todo hombre malo, ó vive en el mundo para su conversion, ó vive para ser verdugo y azote con que Dios ejercita al bueno; si no, dime, ¿qué fuera de Josef si no fuera perseguido? ¿Cuánto aprovecharon las persecuciones de Saul y Absalon á David, y cuánto ilustraron las suyas á san Pablo? No se pueden decir en pocas palabras los bienes que el bueno tiene en este mundo con las persecuciones del malo, si sabe aprovecharse dellas, y no huir ni espantarse. Al principio del mundo, despues del pecado, espantábanse los hombres de todas las bestias y huían dellas; pero despues, con la industria y con saber domallas, no solo ya no temen á algunas dellas, pero sírvense dellas y les son de gran provecho; así son los malos calumniadores y perseguidores, que á los principios espantan al justo y le atemorizan y entristecen, pero si tienen industria y maña y se hacen á domarlos con la paciencia, no solo pierden el miedo á sus persecuciones, mas sírvense dellos con gran interese de su alma; y lo mesmo hacen los capitanes diestros, que los tiros de artillería de quien recibieron mucho daño en la batalla, no los hunden ni quiebran cuando los han ganado, sino guárdanlos para su provecho y defensa, aun contra los mismos enemigos; de manera que lo que tú tienes, hermano, por daño, y te parece que liciera Dios bien en quitártelo de delante, eso es de gran utilidad y provecho, si tú te sabes valer y aprovechar dello. Dice la Escritura, refiriéndola san Pablo, que está escrito que de los dos hermanos Esaú y Jacob que el mayor habia de servir al menor. San Agustin anda buscando por la Escritura, y no halla que Esaú haya servido á Jacob; y así, dice que le sirvió, no obediéndole, sino persiguiéndole. Sirvióle, dice, como la lima ó el martillo al oro, como la piedra del molino al trigo, como el horno al pan, que se cuece él y el horno se quema; como el carbon en la fragua del platero, que él se consume y el oro se afina y se prueba; como los perseguidores á los mártires; finalmente, como los malos á los buenos. Llámase mayor el pecador, porque son muchos; llámase servir el perseguir, porque ningun mayor servicio les pueden hacer á

los buenos que perseguirlos y ofendellos; de manera, dice este santo, que cuando injuriare el malo al bueno, no tiene de qué engreirse, y por el contrario, digamos que tiene el bueno mucho de que alegrarse; y así, dice el mismo doctor, continuando lo que sobre el salmo dice: Ojalá se convirtiesen y fuesen con nosotros perseguidos y ejercitados; ¿Qué decis, santo doctor? ¿Por qué de seais persecuciones á los malos después de convertidos? Porque me hallo yo tan bien con ellas y conozco que son de tanto provecho, que la caridad, que me obliga á deseñar su conversión, me obliga también á deseñarlas persecuciones.

David dice de sus enemigos que le cercaron como abejas y echaban fuego como fuego de espinas. Son dos comparaciones que lo declaran todo: lo primero como abejas; dejemos el mal que ellos reciben, que aquí se significa por el de la abeja que, aunque pica, deja el aguijón y luego muere; no tratamos sino del bien del injuriado, quiere decir David que, así como las abejas lo andan y trabajan, rodean y cercan el corcho de la colmena, hinchen las casillas de miel suavísima y cera; así á los enemigos, si los dejamos y no los irritamos, hinchen nuestra alma y sus casillas, que son sus potencias, de suavísimos licores para Dios y para nosotros; y esotro que dice que como fuego de espinas, es que para que la tierra dé fruto, si tiene espinas, es necesario quemarlas, y así se pone fecunda para fructificar; así los que tienen pecados, que son las espinas del alma, quemándolas con las injurias y persecuciones de los malos, queda el alma dispuesta para fructificar y llevar admirables frutos; lo cual también se da á entender en las palabras que Cristo dijo, que amásemos á los enemigos para que fuésemos hijos de Dios; porque esta diferencia hay del hijo del pastor al hijo del rey, que el del pastor, en sabiéndose tener en pié, luego le envían al campo con el ganado, libre y suelto, sin encaminalle mas en lo que debe hacer sino lo que él quisiere; pero al hijo del rey luego le dan su ayo y maestro, y todos son para lo enseñalle crianza y para que le repriman la mala palabra y el mal deseo; así los que son hijos de Satanás luego los envía entre los puercos, con su libertad, como envió al hijo pródigo; pero al hijo de Dios da el mismo Dios luego sus ayos, no uno, sino mil; que al rey y señor y al rico, uno le cuesta sus dineros, pero aquí tienes todos los enemigos que te persiguen por ayos, que no te dejan desmandar, mides las palabras, recátaste en el andar, en el comer y hablar, sin que te cuesten un maravedí tantos ayos dados de la mano de Dios. Lo mismo entenderá quien quiera por otra comparación: cuando un entallador labra de espacio una imágen, puede, aunque vaya poco á poco, labrar sin cuidado, porque al cabo de muchos días halla la imágen como la dejó; pero un jardinero no se puede descuidar tanto, que, aun después de hecha la imágen, tiene necesidad de traer siempre por cima la tisera, porque si forma un san Jorge de arayan, de allí á dos días le halla la cara cubierta de lo que retoñece, y el caballo no sabeis si es caballo, porque de dentro le sale la yerba que lo disfigura. Los perseguidores no sirven sino de tenernos siempre hermosos y perfecta la imágen que Dios forma en nosotros; porque, como nuestras malas inclinaciones salen siem-

pre demasias de pensamientos, de antojos, de palabras, de excesos, de risas y de otras cosas, tiénelos el soberano Hortelano por tiseras para ir cortando las superfluidades que la cubren y afean en los ojos de Dios; sino que el poco cuidado y menos estimación que tenemos de andar siempre limpios delante de su presencia divina, nos hace tenella poca de quien tanto bien nos hace. Plutarco decía que era necesario tener cerca algun gran enemigo para que fuese juez de nuestras obras, porque nuestro amor proprio no nos deja ser buenos. Diógenes decía lo mismo, que para vivir uno virtuosamente tenia necesidad de fieles amigos (que no los hay cuales son menester) ó de crueles enemigos. Este consejo seguía Filipo, rey de Macedonia, padre de Alejandro, cuando decía que se holgaba de tener ofendidos á los atenienses, porque de su maldecir entendía sus faltas, y procuraba sacallos mentirosos. Y á la verdad, así como el amor proprio ciega al hombre para no ver sus faltas, así es probable que cegara á su amigo, aunque sea fiel y verdadero, pues le ama como él se ama; de manera que, aunque el fiel amigo es bueno para decir al amigo las faltas, pero no para conocellas; pero el enemigo dicelas y conócelas con agudeza; y por eso decía David: Mas que mis enemigos me heciste prudente, que es gran ponderación, diciendo allí que entendía mas que los que le enseñaban y que aun mas que los viejos, que los unos las letras, á los otros la experiencia hace sapientísimos; y dice que le hizo Dios mas prudente y agudo que á sus enemigos, porque no hay gente mas aguda ni de mas delgada vista que ellos en las faltas de sus enemigos; y esta fué la causa por que el Redentor, para mostrar su inocencia y limpieza de vida, quiso que fuese examinada por sus mortales enemigos en tiempo que mas rabiosa tenían su pasión, que fué cuando les dijo: ¿Quién de vosotros me podrá convencer de algun pecado? Así que, gran provecho tenemos por esta parte de los que nos persiguen y hacen mal, si sabemos servirnos dellos como el que de las víboras y alacranes tenemos para excelentes medicinas. Dejo de decir lo principal, que nos hacen merced con el ejercicio de la paciencia, que esto apenas se conoce hasta que nos entregue Dios el galardón dello. De un ermitaño se lee que tenia otro que le daba mil pesadumbres con cosas que le fatigaban, y á la hora de la muerte le mandó llamar y le tomó las manos y se las besó mil veces con lágrimas, diciendo: Benditas sean manos de que yo tanto bien he recibido, diciéndolo por los trabajos que le habian causado; y lo mismo se lee de un viejo seglar que hizo con un vecino de quien habia recibido muchas persecuciones y pesadumbres, porque á la hora de la muerte se estiman estos bienes, que es el tiempo del conocer las cosas todas cuales son, con desengaño.

Una cosa podemos añadir aquí, y es, que cuando el perdón y sufrimiento de las injurias llega á amar verdaderamente al enemigo (que si es perfecta paciencia, no cree san Gregorio que no llegará, porque si no llega, no lo será), aunque el amar al amigo sea mas meritorio de parte de lo que se ama, porque es bueno, y el enemigo malo; pero de parte de la dificultad y del seguro que hay de que aquel amor es por puro Dios, mas me-

ritorio es el amor del enemigo; lo cual se entenderá por este ejemplo: mas luz y mas calor nos da el sol cuando un patio de una casa está descubierto que no cuando hay toldo, que para eso le ponen el verano, para templar la luz y el sol, porque se detiene el calor en el lienzo, y no deja pasar tanto como pasara sin él; así cuando amas al amigo, como él es capaz de amor, todavía le cabe parte del que tienes, aunque le ames por Dios; pero cuando es igual á este el del enemigo, como no tiene donde parar (pues el enemigo no tiene razón por que sea amado), todo el amor pasa de claro á Dios; esto es, que lo que le cabe al enemigo de amor, todo es por Dios; pero el amigo todavía se ama por sí algo, aunque referido al mismo Dios. Así que, muchos y muy grandes bienes corporales y espirituales se ganan con esta paciencia y perdón de injurias y agravios, demás de la paz interior y exterior con que se vive, y aquellas esperanzas tan vivas, y no cortadas con tristezas ni enojos, de gozar la vida eterna, con el que nos mereció la paz; y la misma gloria, que es el Redentor del mundo, Jesucristo nuestro Señor.

DISCURSO IX.

De las excusas que los vengativos dan de su mal propósito, y de la respuesta dellas.

Viven los mundanos tan rendidos á las leyes de su mundo, y por mejor decir, tan presos y engrillados en sus prisiones, que no me espanto que con las razones de los discursos pasados, por muy fuertes que son, no se hayan convencido. Luego se les ofrece este monstruo espantoso, y á su parecer invencible, del que dirán y el parecerles que su honra, sin la cual no pueden vivir en el mundo, viene á menos muy apriesa, si conforme á las leyes del duelo y de las que el mundo platica no se vengan de sus injurias y daños, porque serán tenidos por cobardes y menos hombres que aquel de quien recibieron la injuria. A lo cual responde el bienaventurado san Gregorio, diciendo: ¿De dónde nos nace esta voz en el corazón en odio de la paciencia, sino porque tenemos el corazón enclavado en las cosas viles, y buscando la gloria y honra en la tierra, tenemos en poco agrandar al que nos ve desde el cielo?

Muchas veces nos tiene Dios avisado que no podemos servir á dos señores, y Santiago lo dice claro: El que quisiere ser amigo deste mundo, por el mismo caso se hace y declara por enemigo de Dios. Pues ¿qué mayor ceguedad puede venir á un hombre que negar á su Dios por el mundo vano? Ya si pudieras cumplir con ambos, bien; pero ya ves aquí que en ninguna manera lo puedes. Pues ¿cómo dejas el sumo bien por una máscara de contento? Dice un profeta: Si supieres y quisieres apartar lo precioso de lo vil, serás como boca mia. Esto es, si escogieres á Dios y negares al mundo, si la honra de Dios estimares mas que la del mundo, si honrares á Dios y menospreciarés al mundo. Pues si tú lo haces al revés, que desprecias y tienes en poco á Dios por obedecer al mundo, ¿qué juicio es el tuyo, ó qué esperas de Dios, si dices, qué dirán? Digote que la hora que te sujetares á esa bestia del vulgo con tantas cabezas, jamás harás cosa á derechas, ni aun mala, porque el vulgo en todo pone tacha. Pero ¿cuántos yerros

tiene la sabiduría de los hombres, que, como dice san Pablo, es enemiga de Dios. Y esto porque Dios es la verdadera y certísima sabiduría, que no padece falta ni error. ¿Cuánta ignorancia hay en el mundo, y mayormente en juzgar quién es bueno ó malo, digno de honra ó de desprecio? De san Agustín se cita comunmente que muchos cuerpos son honrados y venerados en la tierra, cuyas almas arden en los infiernos: entiende tú por venerados, honrados con sepulcros costosos, con voz de vulgo, con historias y corónicas. Luego el vulgo poco acierta en quién ha de loar y honrar. Ellos se conocerán el día del juicio cuando digan: Nosotros, locos y desatinados, juzgábamos su vida destos por locura, y que habian de acabar sin honra (entienden por los justos), y véislos aquí contados entre los santos hijos de Dios. No es regla la de los ojos del mundo para fiarte della, ni hay otra sino la de Dios; por lo cual decía san Pablo: Quien quisiere honra, búsquela en Dios, que no digo yo el honrado del mundo, sino el que de sí mismo se contenta (que sabe mejor lo que hay dentro de sí que el mundo), no por esto será aprobado y canonizado, sino al que Dios alaba y juzga por bueno, porque su balanza es la que es infalible. En otra parte lo dice san Pablo mas claro, poniendo tres maneras de juicios de los méritos de los hombres, cuando dice: Mirad, yo no estimo en nada que me juzgueis por bueno, ni que el mismo mundo me alabe, que no tiene buenos ojos para conocer, porque ni ve las intenciones, ni aun lo que ve sabe calificar, pero ni aun de mí mismo juicio me fio; porque, aunque no me acusa la conciencia de pecado ninguno, podría ser que á mis ojos, con el amor propio, se me escondiese algun pecadillo si quiera venial; pero el que con sabiduría y rectitud me juzga y me ha de juzgar es el Señor, que penetra con los ojos de su sabiduría mucho mejor mis pensamientos y mi alma que yo, y es el que el día del juicio y desde luego os descubre lo ascondido de vuestro corazón, y manifiesta sus consejos. Luego, según esto, loca razón es el que dirán; y mas dejando á un lado el que dirá Dios. Y pues al mismo Cristo, que era la misma luz, y la misma inocencia, le pusieron en el mundo tachas, ¿qué espera el que las tiene tantas y tan grandes? O ¿de qué sirve que el mundo calle las tuyas ó las alabe, si Dios y tu conciencia te están acusando? Y ¿qué se te da que el mundo te acuse, que tan poco sabe de tí, si Dios te ama y te excusa? Mas ¿qué te ha de dar el mundo, porque le creas y obedezcas, dándote Dios su amor y todos sus bienes, porque olvides al mundo, y le creas y obedezcas á él: cosa tan acertada y tan debida? Luego ya esta excusa no es bastante. Por ventura dices que eres hombre principal, y que á tus riquezas, dignidades y oficios desdora mucho una injuria; que eres príncipe, perlado, cardenal, obispo. Aquí no tratamos de las injurias y desacatos hechos contra la dignidad, que después quizá se dirá alguna palabra; pero las hechas á la persona, aunque puesta en esas alturas, tanto mas bien parece perdonarlas cuanto mayor es la persona ofendida, porque la ocasión cuando el Redentor trató del perdón dellas, fué preguntado san Pedro cuántas veces. Y cuando responde á todos, puso los ojos en san Pedro, como el Evangelio